

Vino Nuevo

SETIEMBRE/OCTUBRE 1984



SANIDAD INTERIOR

EDITORIAL

Director:

Hugo M. Zelaya

¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria? Sal. 8:4.

Esta es una pregunta muy importante que los hombres mismos se han hecho a través de su historia. Su respuesta determina el curso de la vida y la filosofía de nuestra existencia sobre la tierra.

Diversos hombres la han respondido de diversas maneras. Para unos el hombre es inferior a los animales y se postra en adoración a imágenes de sus dioses con formas de aves, de bestias, de reptiles, etc. No sólo adoran su imagen, también los veneran en vida, les sirven y mueren para ellos. Tal vez, se quiera pensar de este proceder como viniendo de seres primitivos o de civilizaciones retrógradas del pasado, pero no es así.

Los años han avanzado, pero no el pensamiento de los hombres sin Dios. No hace mucho se nos dijo que el hombre procedía del mono. Qué alborozo causó esta idea en la mente de los "pensadores" de nuestros días, que la abuelita de ellos se colgaba de los árboles. ¿Habrán descubierto los sicólogos un complejo de Tarzán?

Una vez oí preguntar a Bob Mumford, ¿hasta dónde habrá caído el hombre cuando se rebeló contra Dios? Yo creo que todavía no nos hemos dado cuenta de la profundidad del abismo en que cayó la humanidad. La devolución del hombre, si es que hubiese tal cosa, es más consistente con la realidad.

Otros responden que el hombre es una chiripa (casualidad), que sucedió por accidente cuando ciertas fuerzas naturales se encontraron con la materia y lo formaron. Para ellos el hombre es un gramo de hierro, medio de cobre, un cuarto de cal, dos de arena y dos de cemento. Cuando estaba en el colegio, mi profesor de química nos dijo que en el hombre se en-

cuentran todos los elementos de la tierra y que alguien había hecho cálculos de las cantidades y las había multiplicado por su valor real y que el hombre no valía más de un dólar noventa y ocho. Eso fue hace muchos años. Tomando en cuenta la inflación, la devaluación y todas las enfermedades económicas, según él, el hombre no vale mucho.

Pero, ¿qué es lo que dice la Biblia de la verdadera naturaleza y dignidad del hombre? Es una pregunta muy importante y la Biblia la hace por lo menos cuatro veces. (Job 7:17-20; Salmo 8:4; Salmo 144:3 y Hebreos 2:6).

A simple vista, el hombre no es gran cosa cuando se compara con el resto de la creación. En tamaño es casi insignificante. La duración de su vida individual es como "la yerba del campo": hoy aquí mañana no. Sus acciones son más destructivas que constructivas. Su coexistencia con la naturaleza es más discordante que armonizante.

No obstante, Dios lo tiene presente; se acuerda de él. Job dice: que lo "engrandece...pone sobre él su corazón...y lo visita todas las mañanas." No hay un momento en que Dios no esté pensando en nosotros o haciendo algo por nosotros.

Contrario al pensamiento de los que no conocen a Dios, el Salmo 8 dice: que lo hizo "un poco menor que los ángeles" y "lo coronó de gloria y de honra, para que dominase sobre las obras de sus manos." Pero antes que creamos que David estaba exaltando al hombre sobre su creador, exclama en el noveno versículo: "¡Oh Jehová, Señor nuestro, cuán grande es tu nombre en toda la tierra!"

La diferencia en lo que es el hombre radica en su relación con Dios, a través de su Hijo Jesucristo. David dice: "todo lo pusiste debajo de sus

pies." Hebreos 2 dice: "todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas." La corona del hombre todavía no está sobre su cabeza. Su honra se ha manchado y su gloria se ha empañado. Su señorío es fuertemente disputado por otros seres caídos y la creación responde, a regañadientes, a su esfuerzo. ¿Entonces, qué es el hombre? Para contestar con acierto tenemos que "ver a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra...llevando muchos hijos a la gloria" (Heb. 2:9-10).

Director:

Hugo M. Zelaya

Editor:

Noé Martínez Quesada

Administrador:

Guyon H. Massey

Circulación:

Emilio García Sarmiento

VINO NUEVO es publicada bimestralmente por el Centro Para Desarrollo Cristiano, Apartado 5551, San José, Costa Rica

© Copyright 1984

Derechos Reservados

Prohibida la reproducción

total o parcial

sin el permiso de los editores.

Los puntos de vista expresados en VINO NUEVO representan la opinión de sus escritores y no necesariamente de los editores o directores.

El material que se envíe para su publicación debe ser escrito a máquina, a doble espacio y por una sola cara de la hoja. Si desea devolución del manuscrito, incluya un sobre con su dirección y el importe postal correspondiente.

A menos que se indique de otra manera, las citas corresponden a la revisión de 1960 de la Versión Reina Valera.

Impreso en Costa Rica
Por Litografía Costa Rica, S. A.

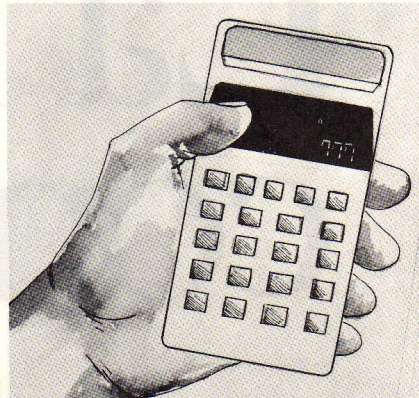
ARTICULOS

260

La ley de la contabilidad

Charles Simpson

260



266

Liberación

Don Basham

272



272

Ventaja personal

Bob Mumford

276

El Arte de escuchar

Richard McAfee

276



279

El enemigo adentro

Dan Wolfe

284

En el aire del día

Hugh Murr

286

El termómetro de Dios

Marcelo Maristany

SECCIONES

264

Sugerencias para padres
Padregrama

271

Anécdotas del hogar
Bob Joerg

La ley de la contabilidad

Por Charles Simpson



dibujo de Norberto Herrera

En los ojos de Dios hay sólo una persona que es finalmente responsable por su vida — ¡Ud. mismo!

Todo le pertenece a Dios. Todo lo que tenemos provino de él. Por lo tanto, la obligación nuestra es administrar responsablemente lo que hemos recibido. Y como Dios demanda cuentas claras, un día tendremos que responder por nuestra mayordomía.

Romanos 14:12 dice: “De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí”. Yo no encuentro ninguna laguna en esta escritura. “De manera” es una expresión concluyente. “Cada uno” no deja afuera a nadie. “Daré cuenta” tiene una connotación de totalidad. “De sí” es muy específico. No hay manera de mejorar o escapar de este pasaje. Declara, sin dudas, que daremos cuenta a Dios de nosotros mismos.

El principio de esta contabilidad se expande en 1 Corintios 4:1 donde dice: “Así, pues, tengamos los hombres por servidores de Cristo, y administradores de los misterios de Dios.” Dios nos ha dado sus verdades y sus misterios a cada uno de nosotros y somos administradores de ellos. No sólo eso, también respondemos a su dueño, Dios, por esos misterios.

El pasaje continúa diciendo: “Ahora bien, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel.” (v.2) Cada uno de nosotros entonces es requerido a ser digno de confianza porque un día rendiremos cuentas a Dios de nuestra mayordomía. A esto es a lo que llamo la ley de la contabilidad. No es una ley hecha arbitrariamente por el hombre, sino que es una ley de la creación.

El hombre y la ley

La ley de la contabilidad no es algo que nosotros hagamos operar. Funciona aun sin nosotros. Funciona sin nuestro voto o con nuestra revocación. Su aprobación o su rechazo no es lo que la hace efectiva. Podríamos votar para reconocerla, pero cuando es una verdadera ley ya estará funcionando. Por ejemplo, podríamos votar sobre la ley de la gravedad para aprobarla o derogarla. Podríamos derogarla porque no nos guste cuando caemos y nos fracturamos un brazo o porque hace que nuestros hijos se lastimen cuando caen. Pero nuestro voto no la va a cambiar. Una ley verdadera está integrada en la creación. Funciona lo querramos nosotros o no.

Esta ley de la contabilidad, ¿es así o será algo que nosotros hemos inventado? ¿Nos hicimos nosotros la idea de que todos tendremos que rendir cuentas? ¿Fue el apóstol Pablo quien la inventó? ¿O el rendir cuentas será una ley que Dios incorporó en la creación, tan real como la ley de la gravedad?

La ley funciona para todos

El mundo se puede dividir en dos grupos: los que aceptan y cooperan con la ley de la contabilidad y los que no. Hay personas que conocen esta ley pero no funcionan en ella. Y hay otros que, no conociendo esta ley, se benefician de ella porque instintivamente funcionan en cooperación con sus principios. En otras palabras, la ley funciona para todos los que la obedezcan, conociéndola o ignorándola; sea cristiano o no.

Una ley real no favorece a nadie en particular; es totalmente imparcial. Sencillamente funciona. Si queremos tener éxito cooperaremos con ella. Creerla no la pone en existencia ni negarla la destruye.

**Una ley real
no favorece a nadie
en particular;
es totalmente
imparcial.
Sencillamente
funciona.**

Hay muchos cristianos que no logran comprender por qué algunos impíos prosperan en las finanzas. Una de las razones es porque, sin cono-

cer al Señor, muchas veces hacen lo que los cristianos debieran estar haciendo. A menudo, los impíos son diligentes, efectivos, prudentes y considerados. Tal vez son malos o contrarios en ciertas áreas, pero en otras hacen lo correcto. En cambio, otros podrán estar confesando todas las doctrinas correctas, pero no están haciendo las cosas fundamentales para las que fuimos creados. Ser cristianos no cambia estas realidades. Una ley real está incorporada en la forma en que funciona la creación y prosperará a quien sea que funcione de acuerdo a ella, cristiano o no.

Adán y la contabilidad

La ley de la contabilidad es real y existe desde la creación. Adán, el primer hombre y el primer administrador sobre la creación de Dios, se encontró con la realidad de esta ley. A él se le dio el gobierno de la creación y tenía jurisdicción sobre toda la tierra, pero cometió el error fatal de pensar que no tendría que rendir cuentas. Cuando pecó, lo que estaba en juego no era la fruta o el árbol, sino su responsabilidad de darle cuentas a Dios. Adán estaba allí (vea Génesis 3:6) cuando la mujer, por quien él era responsable, fue tentada por la serpiente, parte de la creación sobre la que él tenía el dominio. Adán no lo impidió en nada.

Pudo haber tomado las riendas de su responsabilidad para corregir a su esposa quien le ofrecía la fruta, reprendiendo a la serpiente que estaba bajo su supervisión. Adán debió haberse puesto firme en su autoridad y exigido cuentas de su esposa y de la serpiente. Pero no dijo nada. Más bien cedió y desobedeció a Dios. Cuando Dios lo confronta con su pecado, le echa las culpas a su esposa.

Cuando Adán intentó suspender su responsabilidad, Dios se la exigió. Ese mismo deseo de suspender nuestra contabilidad delante de Dios sigue con nosotros hasta nuestros días. Vemos a los descendientes de Adán en nuestra sociedad, en todas clases de empresas, desde la industria automovilística hasta la variedad de servicios remunerados. Su lema es: "No funciona y nadie tiene la culpa." La actitud adámica que prevalece es: "No es culpa mía. ¿Qué puedo hacer yo? Yo no soy el responsable."

Este legado de Adán tiene muchos nombres filosóficos, y es una actitud básica que se remonta hasta los días en el huerto. Las mismas tendencias que había en Adán están en nosotros. Pero Adán no pudo suspender su contabilidad, ni nosotros tampoco.

Tres fuerzas mayores

Debemos reconocer tres fuerzas mayores que han influenciado nuestra sociedad en su intento

de suspender la responsabilidad del hombre de rendirle cuentas a Dios. Estas fuerzas representan las filosofías de tres hombres que han tenido una enorme influencia en los últimos doscientos años: Carlos Darwin, Karl Marx, y Sigmund Freud.

Darwin, que era un agnóstico, fue el originador de la teoría de la evolución, la noción que dice que el hombre vino aquí y ha llegado a su estado presente sin Dios. Darwin desarrolló una teoría nueva de cómo lograron los mundos su existencia, usando términos como "fuerza y materia". Puesto que la materia simplemente "llegó hasta aquí" no tenemos que responder por ella. No tenemos que rendir cuentas de ella.

Otro que intentó suspender la ley de la contabilidad fue Karl Marx. Todas las evidencias indican que en su juventud fue un buen cristiano, pero después llegó a odiar a Dios. Desde esa posición, Karl Marx trató de darnos una sociedad sin Dios. Propuso un orden social sin Dios y sin la necesidad de rendirle cuentas a él. Su teoría dice que la fuerza motriz de la sociedad es el materialismo, el deseo de alcanzar el éxito. Según Marx, la sociedad entera está experimentando una clase de evolución paralela a la evolución biológica propuesta por Darwin. El resultado final de la filosofía de Marx es un orden social sin Dios y sin contabilidad.

Otro que intentó destruir la ley de la contabilidad fue Sigmund Freud, quien creyó que si la ignoraba la abrogaría. Freud, un ateo (quizá quien haya influenciado más al mundo occidental) propuso un alma sin Dios. Explicó nuestro comportamiento en términos del ambiente y del ego, tratando de suprimir nuestra necesidad de rendirle cuentas a Dios. Según Freud, somos víctimas de las circunstancias y de la creación y no sus amos. Si hago mal, tal vez sea porque un pariente me ofendió cuando era niño, o porque tuve una experiencia traumática, o porque me mal impulsieron un código moral. Cualquier cosa mala que hagamos entonces es culpa de algo o de alguien fuera de nosotros.

No podemos pasar la culpa a otros

Supe del caso de un adicto que había arruinado sus riñones con drogas y el gobierno estaba pagando su tratamiento de diálisis. Cuando se le cuestionó sobre su propia responsabilidad en el asunto, este hombre echó la culpa a todos menos a él mismo. Era culpa de su familia, de su ambiente, de la comunidad y por eso el gobierno debía sufragar sus gastos. De todos era la culpa menos suya.

Dios no acepta esa clase de pensamiento. El nos hace responsables, y cuando estemos ante él

no valdrá nada decir: "Dios, ¿es que nunca leíste las teorías de Freud, de Marx y de Darwin? Nada de esto es culpa mía. Realmente es culpa tuya porque tú me pusiste en esa familia. Tú me pusiste en esa condición económica, y en esa situación. No pude evitarlo."

Freud nos hará creer que somos víctimas de nuestras relaciones. Darwin concurrirá diciendo que somos víctimas de la evolución, y Marx que somos víctimas del determinismo económico. Y todos, que no somos responsables.

Contrario a estos intentos de suspender la contabilidad, doy gracias a Dios porque no soy una víctima; soy el responsable de mi vida. Doy gracias a Dios porque él no nos ve como víctimas sino como seres responsables. Según él, somos capaces de ser los administradores de la creación incluyéndonos a nosotros mismos. Podemos sujetar nuestros cuerpos. Podemos sujetar nuestras mentes. Podemos controlar nuestros impulsos sexuales. Podemos dominarnos con el poder del Espíritu Santo. Podemos tener la mente de Cristo. Podemos conquistar las cosas que nos confrontan. *Podemos y debemos* porque Dios nos hace responsables de nuestros actos. La ley de la contabilidad, ese principio de la creación, demanda que rindamos cuentas a Dios.

La contabilidad en la economía

Muchas personas han sido dominadas en sus pensamientos por una sociología y una economía marxista. Como consecuencia de lo que se enseña en las escuelas pocos saben lo que es la empresa libre y cómo funciona. Desconocen la dinámica que se desarrolla cuando los individuos libres, promueven sus recursos en una interacción que produzca. No saben como crear riqueza.

La idea que muchos tienen es que la riqueza es como un pastel. El pastel entero es un cien por ciento de toda la riqueza disponible y todos deben tener una tajada igual. Si alguien sale con un pedazo más grande es porque le está quitando a otro quien se queda con una porción más pequeña. Esta es, en síntesis, la filosofía económica socialista y a muchos se les ha lavado el cerebro con ella.

¿Qué hay de malo con esta idea que sólo hay un cien por ciento de todo y que a todos les corresponde su parte justa? Lo malo es que hace a Dios a un lado, y Dios no tiene límites. Dios crea la prosperidad y las riquezas a través de nosotros. El puede multiplicar los recursos en nuestras manos como lo hizo con los peces y los panes en manos de los discípulos.

VINO NUEVO

¿Quién responde?

Pero la falla más grave en la economía socialista es que intenta evadir la ley de la contabilidad y su realidad. Las sociedades socialistas, como la Unión Soviética, han tomado la decisión de hacer que todos (o el estado) tengan las tierras en común. De esta manera han creado una situación donde la responsabilidad de todos es la responsabilidad de nadie. La tierra que pertenece al estado no produce lo suficiente porque nadie responde por ella. Un despacho responde por ella.

En la Unión Soviética, el noventa y siete por ciento de la tierra es propiedad del estado y el resto, el tres por ciento, está en manos de individuos. Sorprendentemente, ese tres por ciento de la tierra produce el treinta y cuatro por ciento de las cosechas de todo el país! ¿Por qué? Porque una persona responde por lo que es suyo. Dejará que el tractor del gobierno se herrumbre con una llanta desinflada, pero no permitirá que eso le pase a su propio tractor. Dejará que la mula del estado se muera de hambre, pero no la suya propia. Dejará que el maíz del estado se pudra, pero no el suyo. ¿Quién le enseñó esa tendencia de responder por sus pertenencias? Nadie. Es un principio que nació en él. Es una ley de la creación igual que la gravedad.

Las sociedades que fluyen con esta ley de la responsabilidad personal prosperan.

Prosperidad y responsabilidad

Las sociedades que fluyen con esta ley de la responsabilidad personal prosperan. Cuando los peregrinos llegaron a Norteamérica, establecieron una estructura social comunal. Se les exigió funcionar de esta manera por la compañía en Londres que los apadrinaba. Trabajaban para la compañía y tenían todas las cosas en común. En tres

años, casi la mitad murió de hambre. Entonces, asignaron a cada hombre un pedazo de tierra que fuera propio para que viviera de ella. De este punto en adelante, los peregrinos prosperaron. Tomaron más interés en lo que estaban haciendo; trabajaron más, fueron más productivos y prosperaron porque flufan con la ley de la contabilidad.

La responsabilidad de todos es de ninguno. Pero Dios me hace a mí responsable de lo que me ha dado para administrar. Sólo tendremos frustraciones si ignoramos esta ley o tratamos de oponernos a ella. Pero si la reconocemos y cooperamos con ella, Dios nos hará prosperar en él.

Yo no nací en abundancia, pero sí con esta verdad y Dios me ha prosperado cuando la he seguido. De niño nunca supe lo pobre que éramos. Mi padre ganaba tres dólares y medio por semana cuando yo nací, pero creía que todo el mundo vivía así. Vivíamos en un remolque hechi-

zo de una sola habitación. Pero a través de los años, Dios ha honrado nuestro compromiso de rendirle cuentas y nos ha prosperado.

Es fácil mirar a otros y decir: "El recibió su riqueza en una bandeja de plata." Pudiera ser, pero en la mayoría de los casos, la verdad es que aprendieron y aceptaron la ley de la contabilidad.

Cómo responderemos

Podemos hacer varias elecciones cuando nos confrontamos ante esta ley. Primero, podemos ignorarla o descuidarla. Podemos ignorar nuestros talentos, nuestros trabajos y todo. Pero si lo hacemos, perderemos lo que se nos ha confiado. La Biblia dice que el siervo infiel perderá aun lo que cree tener (vea Mateo 25:29).

Alguien estaba hablando con su pastor y le confesaba: "No me era difícil diezmar cuando no

SUGERENCIAS PARA PADRES

Uno de los mensajes más claros que anunciamos a la sociedad está escrito en el carácter que impartimos a nuestros hijos. Ofrecemos las siguientes sugerencias para ayudarle a sobreponerse a cuatro de los temores más comunes que tienen los padres:

1. No quiero imponer mi modo de ser sobre mis hijos

Si Ud. no los influencia, el resto del mundo, seguramente, lo hará. Los aficionados a las novedades no titubean en empujar sus "últimas ideas" hacia sus hijos. Pero Ud. es la única fuente fiel de vida que ellos tienen. Si Ud. está en un buen camino, no tenga miedo de llevar a sus hijos con Ud.

2. No tengo la educación suficiente para enfrentar los problemas de hoy

Los padres están delegando cada vez más sus responsabilidades a las escuelas, los siquiátras, la iglesia, es decir, a los *especialistas*. Pero Ud. es quien ha sido nombrado por Dios para la tarea de criar a sus hijos y su propia historia y testimonio personal debiera ser fuente principal de vida. Los libros de texto y los especialistas son sólo una ayuda adicional en su trabajo.

3. No quiero perderlos

Determine que gane, pierda o empate, Ud. y su familia caminarán íntegramente bajo la supervisión y dirección de Dios.

4. No sé por dónde comenzar

El problema de la inercia pudiese ser el más difícil de todos. Las siguientes sugerencias le pueden ayudar:

a. *No sea ingenuo en cuanto a la paternidad.* Es una tarea difícil, pero recuerde que Dios es quien lo ha nombrado para ese trabajo.

b. *La paternidad es un don de Dios.* Dios se deleita en dar sabiduría a los que la piden.

c. *Una sus recursos con los de otros padres.* Ellos son su mejor ayuda.

d. *Comience en un área que Ud. pueda dominar.* Una familia saludable empieza con la salud de su parte más pequeña.

e. *Aprenda haciendo.* En vez de desear o teorizar, tome el primer paso. Aún si fracasa, ya sabrá cómo hacerlo mejor en el que sigue.

Tomado de Padregrama.

ganaba mucho. Pero ahora que gano mucho dinero sí." Su pastor le respondió: "Dios puede arreglar eso. ¿Te gustaría que cambiara las cosas a como eran antes?"

A veces nos disgustan nuestras responsabilidades, pero con esa base las perderemos. A veces no queremos dar cuentas y comenzamos a despreciar lo que tenemos. Es el preludio para hacer lo malo con lo que tenemos y para perderlo. Al hombre que tenía un talento, le fue quitado. Es interesante que su amo no se lo dio a quien tenía dos, sino a quien tenía diez. Jesús se lo dio al más fiel. Dios no anda tras darle a todos su parte. Lo que Dios persigue es que su creación sea administrada como él la quiere. Y si no cuidamos lo que él nos da, nos lo quitará.

En reconocimiento de Dios

Una segunda opción es desafiar a Dios, tomando lo que él nos ha dado como si fuera nuestro. Si lo hacemos, lo habremos robado. Para los que no dan sus diezmos, Dios dice: "¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado." (Mal. 3:8).

Si Dios nos dio la capacidad de ganar dinero (y algunas personas tienen esa capacidad) y nos enorgullecemos diciendo: "¡Qué listo soy! Veán todo el dinero que he ganado" nos habremos metido en problemas. Si no reconocemos a Dios en todo lo que tenemos, nos convertimos en ladrones.

La tercera opción es la de ser irresponsables. Pero entonces nos sentiremos culpables porque se nos ha dado algo para hacer y no lo hemos hecho bien. La culpa llevada puede causar enfermedades físicas. Por eso es que debemos confesar nuestros pecados: para librarnos de la culpa. Si llevamos todo eso adentro; si mentimos o robamos o no guardamos nuestra palabra, o no pagamos lo que debemos, podríamos engañar a otros y salir aparentemente del aprieto, pero algo sucede adentro. Dios dice que tenemos que confesar nuestra irresponsabilidad y librarnos de la culpa.

En cuarto lugar, podemos responder en la carne. "Voy a ser responsable. Voy a ser un esfuerzo mayor. Lo voy a lograr." Responder en la carne nos puede matar. El trabajo no mata; la responsabilidad sí.

Siempre he tenido un sentido extraordinario de responsabilidad. Cuando estaba en el colegio, me sentía obligado a involucrarme en todo. Jugaba fútbol, basketball, baseball, cantaba en el coro y participaba en otras actividades. Cuando tenía dieciséis años, mi padre me dijo: "Hijo, vas a tener que dejar algunas cosas o llegarás a un colapso nervioso." Era concienzudo y responsa-

ble y sentía el peso del mundo entero. Pero responder en la carne nos matará.

Nuestra mejor elección

La quinta y mejor opción que tenemos para manejar nuestra responsabilidad es llevarla de nuevo a Dios y pedir su ayuda. Algunos prefieren comenzar de nuevo cada dos o tres años, como alguien que llena su casa de basura y se muda a otra para hacer lo mismo. Tarde o temprano tenemos que encarar la realidad de nuestra responsabilidad, y nos matará si no se la llevamos a Dios. El Espíritu Santo nos puede ayudar. Lo mejor que podemos hacer es poner nuestra responsabilidad bajo el señorío de Cristo. Vivir con esta ley de la contabilidad significa que no vamos a ignorarla, sino que vamos a aceptarla para funcionar con la gracia de Dios.

Tarde o temprano tenemos que encarar la realidad de nuestra responsabilidad, y nos matará si no se la llevamos a Dios.

Asegurémonos bien de qué somos responsables. La tendencia es pasar el tiempo preocupados por cosas que no son de nuestra responsabilidad, descuidando las que son de nuestra incumbencia. Responder por todo lo que se nos ha confiado: nuestros talentos, recursos y lo que ha sido puesto bajo nuestra supervisión.

Si aceptamos nuestra responsabilidad, por la gracia y el poder del Espíritu Santo, podremos convertirnos en buenos administradores. Y un día oiremos al Maestro decir: "Bien hecho, buen siervo y fiel..."

Charles V. Simpson recibió su educación en la Universidad de William Carey en Hattiesburg, Mississippi y en el Seminario Teológico Bautista de Nueva Orleans, Louisiana. Además de sus responsabilidades pastorales y ministerio internacional, es presidente de la Junta Editorial de New Wine. El, su esposa Carolyn y tres hijos viven en Mobile, Alabama.

Si queremos ser libres, tenemos que enfrentar la realidad de la atadura espiritual.

La misma gracia
sobrenatural
que salva a los pecadores
y sana a los enfermos
está disponible
para liberar
del tormento
de Satanás.



dibujo de Norberto Herrera

Por Don Basham

LIBERACION

Algunos cristianos objetan vehementemente cualquier enseñanza sobre la liberación de demonios. En mis quince años en este ministerio, he sentido cierta frustración por esa reacción. En muchas ocasiones he encontrado objeciones extrañas y furiosas.

Recuerdo una reunión con un comité de líderes que se había formado en cierto lugar para examinar los diversos temas que se iban a enseñar en una conferencia próxima. Algunos de los miembros sabían de mi ministerio y sugirieron que expulsara sobre echar fuera demonios. Con la sola mención del tema una pareja reaccionó airadamente. El esposo dijo que no quería nada con fanáticos religiosos y su esposa chilló diciendo que no se quedaría en la misma sala donde se hablara de "esos sucios demonios," rompió a llorar y se salió, rápidamente, seguida por su marido.

Mi convicción personal es que arranques como esos son un indicio de la necesidad de liberación. Corrie ten Boom observa sabiamente en su librito *Enemigos Derrotados* que "el temor a los demonios viene de los mismos demonios.

Una perspectiva nueva

En este artículo quiero terminar con cuanto temor y sospecha me sea posible y animar a los cristianos, en todas partes, para que se gocen por este ministerio tan poderoso. Después de todo, fue Jesús mismo quien dijo: "Predicad... sanad enfermos... echad fuera demonios..." (Mat. 10: 7-8). No debemos temer ningún ministerio que el Señor nos manda a ejercer. Sin embargo, repetidamente debo asegurar a los creyentes ansiosos que la misma gracia sobrenatural que salva a los pecadores y sana a los enfermos está disponible para liberar a las personas del tormento de Satanás.

Creo que debemos ver este tema desde una perspectiva diferente. Es decir, anotando seis actitudes desafortunadas y poco saludables, todas inspiradas por Satanás, que reflejan los cristianos con respecto a este ministerio. Hay una progresión en la estrategia de Satanás. Cuando una de sus mentiras es descubierta, se retira y empuja la próxima, cediendo terreno de mala gana, nunca dejando de sacar ventaja de nuestros temores y renuencia. Aquí están las seis actitudes:

1. El diablo y los demonios no existen.
2. El diablo es real pero es demasiado poderoso para enfrentarsele.
3. Aunque hubiesen demonios, no los podemos echar fuera hoy día.
4. Si hubiese un ministerio de echar fuera demonios, no es para cristianos, porque un cristiano no puede tener un demonio.
5. Si los cristianos necesitasen liberación, nunca

debiera hacerse en público; sólo en privado y por expertos.

6. Si un cristiano fuese liberado de demonios su testimonio sólo glorificaría a Satanás; debiera decir sólo que fue sanado o bendecido.

Debemos entender cada una de estas seis actitudes insalubres para llegar a una perspectiva bíblica de la guerra espiritual que confronta a todos los cristianos, lo sepan o no.

MENTIRA 1:

El diablo no existe

La primera mentira, que el diablo ni los demonios existen, es creída por cristianos que han sido inductados por teólogos liberales y ministros que rechazan la autoridad de las Escrituras. La mayoría de ellos rechazan también el nacimiento virginal de Jesús, su resurrección corporal y todos los milagros bíblicos. Después de treinta y tres años en el ministerio, todavía me asombro por la arrogancia de hombres que se dicen ser ministros del evangelio, pero que deliberadamente rechazan el fundamento bíblico de sus ministerios.

Trágicamente, cuando se rechaza la enseñanza clara de las Escrituras, cruelmente se deja afuera a muchos cristianos de la efectividad de un ministerio bíblico. Si bien estamos inmensamente agradecidos por la medicina y la siquiatria, estas tienen sus limitaciones. En muchas ocasiones he visto cómo en una sola hora de ministerio, la gente es liberada de años de tormento demoníaco; años miserables y debilitantes en los que gastaron miles de pesos en tratamiento siquiátrico inefectivo. El precio que se paga por rechazar ministerios bíblicos válidos es excesivamente alto.

El precio que se paga por rechazar ministerios bíblicos válidos es excesivamente alto.

MENTIRA 2:

El diablo es demasiado poderoso para enfrentarsele

La segunda mentira, que el diablo es real, pero es demasiado poderoso para enfrentarsele, es

un intento satánico de asustar e intimidar a los cristianos. Pareciera como si se irguiera y nos gritara: "¡Sí, soy real y si no te apartas de mi camino te voy a despedazar!"

Cuando las personas ya han estado luchando contra el temor, tienden a hacer cualquier excusa para no confrontarse con el diablo. Se apoyan en dichos como "No molestes al diablo y él no te molestará." Algunos lo dicen como si fuera Biblia. Pero las Escrituras no dan ninguna indicación que nuestra actitud hacia el diablo debe ser pasiva. Al contrario se nos manda a resistirlo. I Pedro 5:8-9 dice: "El diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe."

Teniendo estas escrituras y muchas otras, me sorprende y me apena que tantos cristianos maduros en otras cosas, sean tan ingenuos, y a veces hasta hostiles, con un ministerio dirigido a ejercer nuestra autoridad contra Satanás y sus espíritus malignos.

Pretender que no existe, o aceptar su existencia, pero esquivarlo, no cumplirá con el trabajo que se nos ha encomendado. Un ministro joven me dijo esto: "Tenemos que saber cómo hacer guerra espiritual. Una cosa he aprendido, que Satanás ataca en cada oportunidad que se le presenta, lo ignoremos o no!"

MENTIRA 3:

No podemos echar fuera demonios hoy

El tercer engaño de Satanás, que aunque hubiesen demonios, no los podemos echar fuera hoy, refleja una herejía teológica que ha debilitado a la Iglesia por siglos; es decir, la aseveración dispensacional que todos los milagros terminaron, cesaron con la era del Nuevo Testamento. Se me enseñó en el seminario que los milagros del Nuevo Testamento fueron fenómenos transitorios para ayudar a la Iglesia en un buen comienzo. Después Dios se llevó el poder.

Por supuesto, que el resurgimiento extenso de los dones y ministerios milagrosos en años recientes, ha rebatido tal cosa. No obstante, todavía hay muchos cristianos que resisten o convenientemente ignoran el ministerio de echar fuera demonios.

Si no están doctrinalmente opuestos, algunos se muestran reacios a reconocerlo o a usarlo. Hablan en lenguas, profetizan, oran fervientemente por los enfermos, y hasta reprenden a Satanás de una manera general y cautelosa, pero no ejercen toda su autoridad contra los poderes del demonio. De manera que el tormento sigue ignorado en las vidas de las personas que están bajo sus ministerios.

MENTIRA 4:

Un cristiano no puede tener un demonio

La cuarta creencia que no es bíblica, que si hubiese un ministerio de echar fuera demonios, no es para cristianos, porque un cristiano no puede tener un demonio, es una de las mentiras más efectivas que tiene Satanás. Hace quince años cuando comencé a involucrarme en el ministerio de echar fuera demonios, la sorpresa más grande que tuve no fue la lucha contra los demonios, sino la furia y la vehemencia con la que muchos cristianos rechazaban este ministerio diciendo que "un cristiano no puede tener un demonio." Cansado de explicar y defender mi posición, escribí un libro titulado *¿Puede un cristiano tener un demonio?* (Para un análisis más completo sobre esta pregunta en particular, le recomiendo leer este libro).

El diablo no cesa en sus ataques sólo que seamos cristianos.

Aún una demostración dramática no convence a algunos que tienen este prejuicio. Al finalizar un servicio en una iglesia pentecostal grande, muchos vinieron al altar para recibir ministerio. Una mujer que estaba arrodillada, cerca de mí, adorando a Jesús sosegadamente con sus brazos levantados. De repente, mientras su pastor y yo mirábamos, un demonio se manifestó. Su cara se contrajo en una horrible mueca, y comenzó a proferir maldiciones. El pastor se puso pálido, me agarró del brazo y dijo: "Dios mío, ¡esta mujer es una de mis más fieles diaconisas!"

Ordenó al demonio que saliera y, la mujer, momentos más tarde, llorando, alababa a Dios de nuevo, esta vez por una nueva victoria en su vida. No obstante, supe después que, una semana más tarde, ese pastor me condenaba públicamente por "orar por los cristianos como si tuviesen espíritus malignos."

Sin ánimo defensivo, permítame observar que la gente de quien Jesús echó fuera demonios no eran paganos; eran creyentes en el único y verdadero Dios, hijos e hijas de Abraham que adoraban y temían a Dios. Y que todos los tormentos que sufrían, descritos como aflicciones demoníacas, los tienen los cristianos hoy. El diablo no cesa sus ataques sólo porque nos convertimos. Lo que sucede es que ahora tenemos acceso a las ar-

mas sobrenaturales para pelear y una de estas es la liberación.

Los críticos que dicen que un cristiano no puede tener demonios, también dicen que es la carne la que estamos tratando de echar, o lo que la Biblia llama "el viejo hombre" (vea Romanos 6:6). Por supuesto, que muchos de nuestros problemas y debilidades provienen del viejo hombre y no de los demonios. Como alguien ha dicho: "Encontramos al enemigo, y somos nosotros." Todos los cristianos luchan contra su naturaleza pecaminosa caída y las Escrituras nos dice cómo crucificarla.

Todos los cristianos luchan contra su naturaleza pecaminosa caída y las Escrituras nos dice cómo crucificarla.

Pero más allá de la carne, algunos de los problemas que nos acosan vienen de los demonios que nos atacan y se infiltran aún hasta en nuestra personalidad. Esos espíritus malignos no se pueden crucificar o ponerse a muerte como si fueran parte de la naturaleza carnal; lo único que se puede hacer es echarlos fuera. Un diagnóstico correcto es esencial para un tratamiento correcto.

Otra pregunta que se hace con respecto a este punto es: "¿Si un cristiano está lleno del Espíritu, cómo puede haber lugar para un demonio?" La lógica de la pregunta es sin tacha. El problema es que nadie está totalmente lleno del Espíritu todo el tiempo. Si lo fueran, no sólo nunca serían afligidos por un demonio, tampoco nunca pecarían, ni nunca se enfermarían. Pero todos los cristianos que yo conozco bien, aunque sea en contadas ocasiones, y a veces se enferman. Es obvio que el pecado y la enfermedad no vienen de Dios sino del enemigo. De igual manera, cristianos sinceros, pero imperfectos, pueden sufrir aflicciones demoníacas.

Una mujer preguntó al famoso evangelista D. L. Moody, "¿Por qué Ud. testifica de haber tenido tantas llenuras del Espíritu Santo?"

"La respuesta es muy sencilla," respondió Moody, "tengo una fuga."

También todos nosotros.

MENTIRA 5:

La liberación tiene que ser hecha por expertos

La quinta actitud errónea, que si los cristianos necesitan liberación, debiera ser hecha por expertos y en privado, es sólo otra de las mentiras de Satanás.

La primera parte de esta falsedad, que la liberación debe ser hecha por alguien que ha sido llamado y ungido especialmente para este ministerio, va en contra del mandamiento de nuestro Señor de predicar el evangelio, sanar a los enfermos y echar fuera demonios que dio a todos los creyentes. Por lo tanto, cualquier persona que puede testificar de su fe, o que hace oración para la sanidad, tiene la capacidad y la responsabilidad de reprender a Satanás y de echar fuera demonios cuando la necesidad se presenta. Cada persona que conozca en este ministerio comenzó no como un experto, sino como un cristiano común que de repente fue confrontado por alguien con una necesidad profunda de liberación. Así comencé yo.

Es bien cierto que hay dones específicos y ministerios dados por Dios, y me doy cuenta que él ha enfatizado este ministerio en mi propia vida. Aunque no me siento llamado al ministerio de sanidades, también oro por los enfermos y he visto en ocasiones respuestas extraordinarias. Igualmente, cualquier cristiano fiel puede ser usado de Dios, en ocasiones para echar fuera demonios.

La segunda parte que dice que este ministerio debe ser ejercido únicamente en privado, implica que hay algunas cosas vergonzosas y feas y a veces poco respetables cuando se echan fuera demonios. Es cierto que a veces hay manifestaciones bulliciosas y repugnantes cuando la gente es liberada, ni en la presencia de Jesús se portaban bien los demonios. La Biblia bien dice que en servicios de adoración "hágase todo decentemente y en orden" (1 Co. 14:40). No obstante cuando vemos el ministerio de Jesús, encontramos que él sanaba y echaba fuera demonios en público. Por cierto, la primera ocasión en que echó fuera a un demonio ocurrió un sábado y en la sinagoga (vea Mar. 1:21-25).

Es uno de los aspectos más sutiles de la estrategia de Satanás, desacreditar el ministerio de la liberación, relegándolo a algún rincón secreto. Con frecuencia lo logran, es un triste testimonio de los hipócritas y "decorosos" que nos hemos vuelto. Muchos cristianos, y aún ministros, parecen estar más preocupados por la tradición y la reputación que en ver el poder de Dios liberando

a su pueblo. Es seguro que el día vendrá cuando nos gozaremos y alabaremos a Dios por las personas liberadas con la misma alegría que vemos a una alma salvada, o un milagro o una sanidad. En ese día, los servicios de liberación serán tan bien recibidos como los cultos evangelísticos y de sanidad.

MENTIRA 6.

No testifique de su liberación

El sexto pensamiento sin base bíblica, que si un cristiano ha sido liberado de espíritus malignos, su testimonio sólo glorificaría a Satanás, que por eso sólo debiera decir que ha sido sanado o bendecido, se repite mucho para desacreditar la efectividad de este ministerio. Realmente sólo es una excusa bonita para tratar de oscurecer la realidad del llamamiento de Dios de hacer guerra espiritual.

Quizá una tercera parte de la totalidad del ministerio público de Jesús lo dedicó para enseñar sobre Satanás y los demonios o para liberar a la gente del tormento de los demonios. En contraste, dudo que en las iglesias de hoy llegue al dos

Debido al temor y al prejuicio que se ha tenido, se necesita valor para testificar de una liberación de demonios.

por ciento. Aunque para los críticos aún eso es demasiado.

La verdad es que nunca glorifica a Satanás quien testifica de su derrota; nunca lo glorifica cuando animamos a los cristianos que usen su autoridad en el poderoso nombre de Jesús; nunca lo glorifica cuando, agradecidos, testificamos, de estar libres de él. Realmente, estos testimonios dan gloria a Dios. Aunque si hay prejuicios y aprensión profundos muchos que han sido maravillosamente liberados se quedan sin testificar.

Hace sólo unas semanas estuve enseñando y ministrando liberación a unas setenta u ochenta

personas en un culto de media semana, y muchos recibieron ayuda notable y dramática y salieron del culto con lágrimas de alegría. Pero el domingo siguiente, cuando el ministro dio oportunidad para testimonios, ni una sola persona se levantó. Pero si esos milagros de liberación hubieran sido de sanidades, la línea para testificar hubiera sido interminable. Debido al temor y al prejuicio que se ha tenido, se necesita valor para testificar de una liberación de demonios.

Unos años atrás, en la Florida, un joven por quien había orado recibió una liberación dramática de varios espíritus que gritaban y lo tiraban al suelo antes de salir. La liberación había ocurrido en una casa, en una reunión, donde estaban sus amigos. La semana siguiente cuando se levantó para testificar en el mismo grupo, no tuvo el valor de decir que Dios lo había librado gloriosamente de demonios. En vez dijo que había recibido una gran bendición, que había tenido severos problemas y que Dios lo había ayudado.

Satanás no cede su terreno sin resistir centímetro por centímetro. Aún después de sufrir una derrota humillante, es capaz de robar la gloria a Dios de un testimonio sincero. Nos gozamos cuando somos sanados, pero el decoro religioso, que es sólo otra manera de decir orgullo, nos impide admitir que hemos sido atormentados por demonios, aún después de ser liberados.

Una señora de la sociedad fue liberada en una de mis reuniones. Días después entusiasmada me escribió una carta de testimonio detallando el milagro y describiendo el cambio dramático en su vida. Su carta concluía autorizándome a usar su testimonio de cualquier forma que quisiera. Pero poco después cambió de parecer y me escribió de nuevo pidiéndome que no usara su testimonio. "Aunque siempre estaré agradecida con Dios por haberme liberado," decía ella.

Una sanidad milagrosa es gloriosa para todo el mundo. Pero ser milagrosamente libertado de demonios, no es lo suficientemente pulcro, para hablarse en público, opinan algunos. Es la manera que Satanás tiene de meter una última mentira contra quien lo ha derrotado.

Dios no se desanima

Gracias a Dios que nuestro desgano para admitir que hemos sido víctimas de Satanás y que nuestros intentos torpes de "decorar" nuestro testimonio no desaniman al Señor. El continúa liberando a los cautivos. Leemos en 1 Juan 3:8: "Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo." Y en Lucas capítulo 10 leemos cómo Jesús envió a setenta discípulos y ellos "volvieron con gozo, diciendo: Señor, aun los de-

monios se nos sujetan en tu nombre” (v.17). De alguna manera, en alguna forma, parece que hemos perdido esa alegría exuberante que sintieron esos discípulos cuando vieron huir a Satanás.

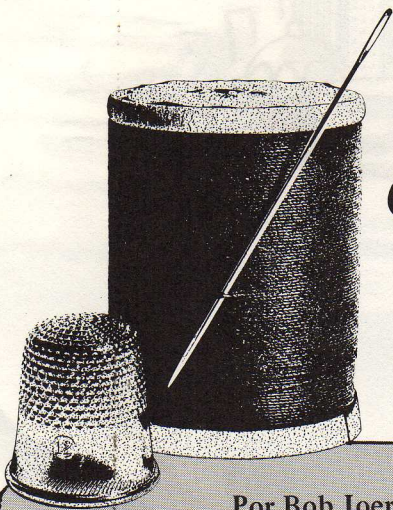
Jesús dijo:

Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo. He aquí os doy potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os dañará (Lucas 10:18-19).

Que Dios apresure el día cuando todos nosotros, como esos discípulos, entremos en la lucha espiritual con la plena confianza que servimos a

un Señor quien ha derrotado totalmente al enemigo y nos ha dado el poder maravilloso y el privilegio no sólo de predicar el evangelio y sanar a los enfermos, sino también de echar fuera a los demonios. ¡Ayúdanos, Señor, a creer en tu palabra!

Don Basham, Bachiller en Arte y Divinidades, graduado del Seminario de Enid, Oklahoma y ministro ordenado de la Iglesia Discípulos de Cristo. Es el editor de New Wine Magazine y autor de varios libros, entre ellos "Libranos del Mal" y "Frente a un Milagro" El y su esposa Alice viven en Mobile, Alabama.



Anécdotas del hogar

Por Bob Joerg

Observar el aprendizaje de nuestros niños es un pasatiempo cautivador, pero aún más sorprendente son las verdades que ellos, tan inocentemente, nos enseñan. Recuerdo una noche en particular que nuestro hijo Josué nos dio algo en qué pensar.

Josué estaba aprendiendo a leer y todo lo que tenía que ver con palabras y letras era un reto para él. La familia se había sentado a la mesa para la cena cuando noté que mi hijo miraba intensamente a una botella, en la mesa. De repente, con la valentía de un niño de kinder, anunció con confianza: “Yo sé cómo se escribe salsa”.

“Ajá,” respondí yo sin sa-

ber qué decir.

“Sí,” dijo — “Z-0-2-3.”

El sonreía de oreja a oreja. Yo estaba asombrado. ¿Z-0-2-3? ¿De dónde sacó Z-0-2-3 de salsa de tomate? pensaba yo.

Después de unos minutos nos dimos cuenta de lo que pasaba. En vez de leer la etiqueta grande en el frente, había leído la pequeña alrededor del cuello de la botella que decía “32 oz.”

Al principio sólo fue un ejemplo risible de lo que es capaz un niño cuando está creciendo y aprendiendo. Después, sin embargo, reflexionando un poco, una verdad espiritual comenzó a salir. ¿Cuántas veces que he busca-

do de Dios, él ha contestado con su palabra escrita y yo he leído la etiqueta que no era? Más veces de las que quisiera admitir, ¡y las he leído al revés!

Su palabra es siempre absolutamente correcta, pero debido a mi inmadurez o perspectiva incompleta, la he interpretado o aplicado mal.

Reconocer las palabras no es tan difícil, pero entender los detalles requiere de más tiempo. Igual que Josué, estoy aprendiendo a “leer” con mayor cuidado. Pero aun cuando me equivoco, todavía tengo esperanza. Verá Ud. sólo él puede tomar algo tan extraño como Z-0-2-3 y saber que es salsa de tomate.



Norberto
1984

VENTAJA PERSONAL

por Bob Mumford

dibujo de Norberto Herrera

Hay dos senderos por delante: el camino del Padre y nuestra ventaja personal.

Cuando el profeta Isaías dijo: "Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino" (Is. 53:6), creo que no sólo se refería a la humanidad que se había apartado de Dios, sino también a nuestra tendencia de volver toda situación para nuestra propia ventaja. Desde Adán y Eva en adelante, buscar nuestra ventaja personal ha sido parte de nuestra naturaleza.

Jesús mismo tuvo oportunidades de aventajarse, especialmente en dos ocasiones. Una, en Mateo 4, su tentación en el desierto, y la otra en Juan 12 cuando los griegos pidieron ver a Jesús. Su respuesta en estas dos circunstancias, nos dan un ejemplo bien claro de cómo sobreponerse a esta tendencia.

El enemigo vino en el desierto y puso varias tentaciones frente a Jesús. La primera fue querer hacerlo usar el poder de Dios para convertir las piedras en pan. El rehusó diciendo: "Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios." (Mt. 4:4).

La segunda tentación poderosa fue instarlo a que saltara del pináculo del templo para impresionar a todo el mundo con una demostración teatral de la protección de Dios sobre él. Nuevamente Jesús resistió diciendo que nunca tentaría a Dios el Señor. Su deseo no era sobresalir llamando la atención a él mismo, sino acomodarse a lo que Dios estaba haciendo.

La tercer tentación, más sutil, pero igualmente poderosa, fue la oferta de Satanás de darle los reinos de este mundo si se postraba y lo adoraba. De nuevo el Señor se mantiene firme y dice: "Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás" (Mt. 4:10).

Tentación a mitad de la carrera

La mayoría de nosotros los cristianos hemos escogido, por la gracia de Dios y el poder del Espíritu Santo, resistir estas tentaciones y buscar el rostro del Señor para caminar con él. Pero tarde o

temprano llegaremos como Jesús a la próxima prueba, que he llamado la tentación a mitad de la carrera. Algo bien difícil de resistir.

La situación con Jesús es que había vencido en la prueba inicial en el desierto y estaba teniendo éxito en su ministerio. Dios lo estaba usando y se adelantaba hacia su meta. Es en este punto que ciertos griegos vienen a buscarlo. Juan lo relata de esta manera:

Había ciertos griegos entre los que habían subido a adorar en la fiesta. Estos, pues, se acercaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogaron, diciendo: Señor, quisiéramos ver a Jesús. Felipe fue y se lo dijo a Andrés; entonces Andrés y Felipe se lo dijeron a Jesús (Jn. 12:20-22).

Un comentarista bíblico sugiere que estos hombres eran embajadores que venían a pedirle a Jesús que fuera a Grecia para enseñar en esa nación. De cierto había un rumor en ese sentido que circulaba entre los judíos (vea Jn. 7:35).

Frente a la tormenta

Imagine la escena en Israel cuando estos griegos vinieron. Si hubiésemos estado allí, habríamos visto que los líderes religiosos judíos estaban a punto de tomar acción contra Jesús. Los griegos pudieron haberse dado cuenta de la situación al llegar a Israel, ver la tormenta cerniéndose, y pensaron: "Invitemos a Jesús para que venga a nuestra tierra. Si él accediera, nosotros no lo rechazaríamos como lo hacen estos. Las multitudes responderían a su enseñanza y el tendría libertad de exponer lo que está en su corazón."

Creo que Jesús estaba frente a todos los elementos de una crisis a mitad de su carrera: la opción de obedecer a Dios, lo que significaba sufrimiento y muerte, o escapar con una ventaja per-

sonal. Por un lado está la invitación de ir a Grecia y disfrutar la aclamación y reverencia de un gran maestro. Por otro, podía quedarse donde estaba y enfrentar las consecuencias inevitables de la tormenta que se avecinaba. La disyuntiva es bien clara, la ventaja personal o la voluntad de Dios en la cruz.

La respuesta de Jesús revela su asesoramiento correcto de la situación:

Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado. De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará... Ahora está turbada mi alma.” (Jn. 12:23-25,27).

“¡Ahora está turbada mi alma!” La mayoría de nosotros hemos experimentado una situación semejante. Estamos frente a una crisis, y la paz de Dios es perturbada dentro de nosotros. Sentimos algo batiéndose adentro y nuestra alma se inquieta porque tenemos que hacer una decisión. En la realidad de la vida humana hay una decisión que tenemos que hacer todos los días de seguir a Jesús. Y no nos gusta enfrentarnos a decisiones semejantes, especialmente cuando escoger el camino de Dios significa un sacrificio de nuestra parte. Es muy lamentable que el cristianismo de muchos no tiene cruz. La fe que se presenta lleva una ventaja personal. Se nos dice que “aceptemos al Señor” con ofrecimientos de lo que él hará por nosotros. Pero la cruz es inevitable si caminamos con Dios.

Cuando enfrentemos decisiones entre la cruz y una salida fácil, recordemos la respuesta de Jesús a los griegos. Una buena paráfrasis de su respuesta sería esta: “El que ama su vida, como estos griegos me piden que haga, la perderá; y el que aborrece su vida como el Padre me pide que haga, para vida eterna la encontrará”

Un ofrecimiento sutil

Tenemos que darnos cuenta que muchas veces la oferta es tan sutil que no nos damos cuenta de las implicaciones de la decisión.

Conozco a un joven trabajador a quien su compañía le ofreció un ascenso en otra parte del país. Su alma se turbó por la elección que tenía que hacer: quedarse allí y en la comunidad cristiana a la que pertenecía, o mudarse a otra zona con un aumento de salario de doce mil dólares más al año, además de otros beneficios. Aunque sentía que la voluntad de Dios era quedarse, la decisión que tomó fue la de amar su vida y mu-

darse, a pesar de todo lo que Dios estaba haciendo en su vida.

Después de cuatro meses de caminar contra la voluntad de Dios, el joven comenzó a secarse espiritualmente. Finalmente se presentó delante de su jefe y le dijo: “No puedo quedarme más aquí.”

“No sabes lo que dices,” respondió su jefe. “Si regresas perderás esto y eso y aquello...”

“¿Adónde firmo?” preguntó el joven escogiendo “perder su vida” y regresar a lo que él sabía era la voluntad de Dios.

Glorifica tu nombre

Hay dos oraciones que podemos hacer, de acuerdo a la respuesta de Jesús a los griegos: “¿Y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre” (Jn. 12:27-28).

Note la diferencia entre las dos oraciones: “Padre, sálvame de esta hora” y “Padre, glorifica tu nombre.”

La elección es por una de las dos oraciones y Dios responderá a la que hagamos. Yo he orado para que el Señor me saque de situaciones en las que he estado bajo grandes presiones y él lo hizo. Pero si tuviera que hacerlo de nuevo, diría: “Padre, glorifica tu nombre.”

Recuerdo las palabras del Señor en el huerto cuando uno de sus discípulos sacó su espada para impedir el arresto de Jesús:

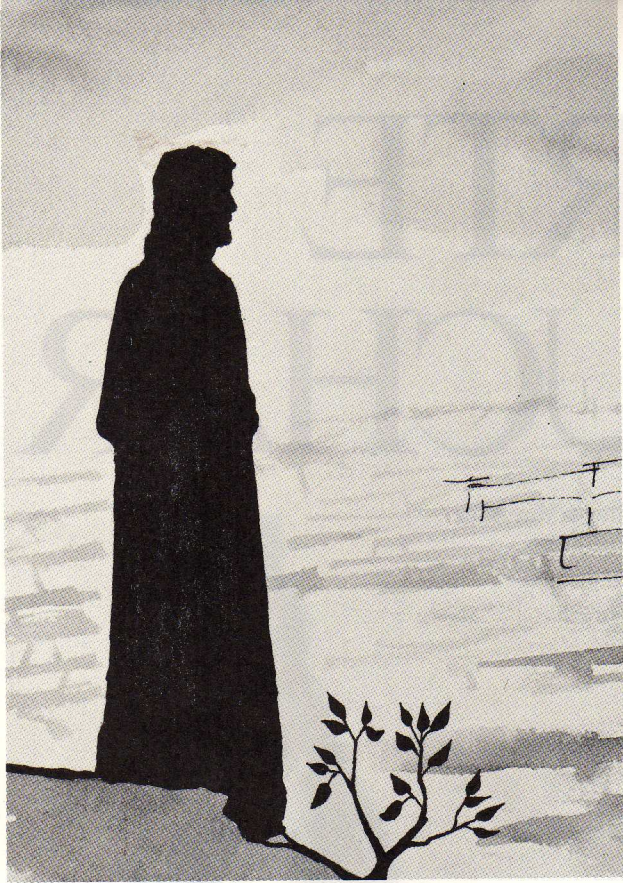
“Vuelve tu espada a tu lugar; ¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles?” (Mt. 26:52-3).

Jesús pudo haber orado y el Padre lo pudo haber librado de la crucifixión; pero en su lugar escogió “beber la copa” que el Padre le ofrecía (vea Jn. 18:11).

Una vida productiva

No podemos ayudar a otros sin morir nosotros. No podemos bendecir sin sangrar. Es imposible. Si pasamos la vida de escape en escape, evitando el sufrimiento, llegaremos al final sin profundidad y como un grano de trigo estéril. Quien busca salvar su vida continuamente, termina solo. Si queremos tener una vida productiva en la comunidad del pueblo de Dios, como está descrita en el Nuevo Testamento, nuestra oración deberá ser: “Padre, cualquiera que sea el precio, glorifica tu nombre.”

Cuando el nombre de Dios es glorificado, él sabrá cuidarnos, pero no para que nos traiga ven-



taja personal. Más bien es para su ventaja y la de su reino. Lo que más me anima en esta historia es la respuesta del Padre al Hijo: Después de su oración, “glorifica tu nombre”, los cielos se abrieron y la voz del Padre se oyó: “Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez” (Jn. 12:28). Yo no sé si Dios nos respondería así, directamente a nosotros, pero mi deseo es tener esa confirmación. Si el pueblo de Dios ora desde lo profundo de su corazón: “Padre, glorifica tu nombre,” yo creo que de alguna forma el cielo se abriría y el Padre nos diría lo que está en su corazón para que nosotros lo traigamos gloria en la tierra.

El Señor nos ayuda de cinco maneras para hacer esta oración. Primero nos envía su Espíritu para que oremos como debemos. Pablo dice en Romanos 8:26: “De igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos.”

Segundo, Dios nos ha dado su palabra escrita. Por ella vemos lo que es sólo ventaja personal y lo que es la voluntad de Dios. Doy gracias a él que Jesús se quedó en Jerusalén para enfrentarse al juicio y a la cruz, aunque pudo haberse ido cómodamente para Atenas.

Tercero, tenemos la comunidad de los redimidos donde nuestras debilidades y fortalezas con compartidas con los otros miembros del Cuerpo de Cristo. El apoyo que recibimos allí, es más eficiente que nuestra fuerza humana e independencia.

Cuarto, el Señor nos ha dado la Santa Cena. El pan y el vino nos fortalecen espiritualmente y

nos capacitan para orar debidamente como lo hizo Jesús.

Finalmente, el Señor nos ha dado a sus siervos. En Juan 13:20, Jesús dijo a sus discípulos: “El que recibe al que yo enviare, me recibe a mí.” Dios nos envía su gracia a través del liderazgo de la iglesia. Debemos abrirnos a los que velan por nosotros en el Señor y estar dispuestos a caminar juntos con el pueblo de Dios.

Llevando la cruz

Si estamos caminando con el Señor, la invitación de irnos por donde saquemos ventaja personal se nos presentará. El camino será más fácil. Siempre hay un camino más fácil, pero no espere-mos obedecer la voluntad de Dios por un camino donde no haya cruz.

Cuando Cristo vino a mí, llevaba una cruz. Cuando yo decidí seguirlo tuve que tomar la cruz. Debemos desear la cruz de Cristo para que cuando venga la prueba podamos entregar nuestra ventaja personal prefiriendo la ventaja del Señor y de su pueblo. La fuerza para lograrlo es sobrenatural, sólo el Espíritu de Dios lo puede hacer en nosotros.

La gran desgracia del hombre es que está solo y aislado por su individualismo. Prácticamente todos buscan su ventaja personal. Si no nos rendimos, si no caemos en la tierra y morimos, la soledad continuará. Debemos aprender a tomar la cruz de Cristo para morir a nuestros propios deseos y hacer a un lado la ventaja personal. Si hacemos eso y oramos “Padre, glorifica tu nombre,” la afirmación del Padre será nuestra recompensa.

Si el pueblo de Dios ora desde lo profundo de su corazón: “Padre, glorifica tu nombre,” yo creo que de alguna forma el cielo se abriría y el Padre nos diría lo que está en su corazón.

**Dos veredas divergían en el bosque,
y yo tomé la menos transitada,
y es la que ha hecho toda la diferencia.**

Robert Frost,

Bob Mumford es graduado del Seminario Episcopal Reformado de Filadelfia, E.U.A. Ha servido como decano del Instituto Bíblico Elim y como pastor, evangelista y conferenciante. Bob ha escrito también libros sobre diversos aspectos de la vida cristiana. Es miembro de la Junta Editorial de New Wine y vive con su esposa y familia en Mobile, Alabama, E.U.A.

EL ARTE DE ESCUCHAR

Por Richard MacAfee



dibujo de Norberto Herrera

Roberto, un muchacho de doce años que ha vivido en varios hogares para niños sin padres, estaba contándole sus problemas a una consejera. Ella le había asegurado que podía decir todo lo que quisiera porque ella lo escucharía. Después de unos veinte minutos, él hizo este comentario: "Ud. no me está escuchando. Sólo piensa en lo que Ud. va a decir." El tenía razón. La consejera hablaba bien pero escuchaba mal.

Hay ocasiones en que debemos informar o instruir y hacerlo bien. Sin embargo, *escuchar* es a veces el mejor puente para alcanzar a otros que se sienten aislados y marginados.

Jesús visitó una vez a dos mujeres que se hicieron famosas por su gran diferencia en su capacidad para escuchar. En la conocida historia de Marta y María en Lucas 10, cuando Jesús entró a su hogar, María se sentó a sus pies para escuchar lo que decía. Pero Marta estaba distraída con todos los preparativos para atender a su huésped. Cuando se quejó que su hermana no le ayudaba, el Señor le respondió: "Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada" (vs. 41-42).

La diferencia entre estas dos hermanas es muy crítica. Una volvió su atención a él; la otra estaba distraída. Una le escuchaba; la otra estaba preocupada y perturbada. Una escogió la "parte mejor" de escuchar; la otra quiso instruir al Señor cuando necesitaba escucharlo. Ambas mujeres eran amadas por Jesús y ellas también lo amaban, pero una estaba escuchando y la otra no.

Tristemente, muchos de nosotros somos como la consejera de Roberto y como Marta. Nos marginamos y nos aislamos de otros porque no sabemos lo importante que es escuchar. Ocho veces dice Jesús en el Nuevo Tes-

tamento: "El que tiene oídos para oír que oiga." Ciertamente es más fácil expresar nuestras convicciones que escuchar lo que está en el corazón de otros, pero tenemos que aprender a escuchar: primero a Dios, después a sí mismo y también a otros.

Escuchando a Dios

El profeta Isaías hace una observación importante con respecto a la naturaleza de un seguidor del Señor. Dice así:

Jehová el Señor me dio lengua de sabios, para saber hablar palabras al cansado; despertará mañana tras mañana, despertará mi oído para que oiga como los sabios.

Jehová el Señor me abrió el oído, y yo no fui rebelde, ni me volví atrás. (50:4-5).

Si queremos sostener al cansado con palabras apropiadas, primero tenemos que oír como los sabios. Tenemos que afinar el oído para oír el "silbo apacible" de Dios. Cuando escuchamos a Dios, nuestra fe y sensibilidad aumentan y también nuestra sabiduría para comunicarnos con otros.

Nuestras oraciones necesitan incluir períodos regulares para escuchar a Dios además de las peticiones y de la intercesión que hacemos. No debemos llenar el aire con nuestras palabras nada más. La actitud del joven Samuel es digna de imitarse: "Habla, Jehová, porque tu siervo oye." Para romper las barreras que nos separan de otros y para ayudar al cansado, tenemos que oír al Padre primero.

Escuchándonos a nosotros mismos

Después de veinte años de experiencia pastoral, estoy convencido que no podemos desarrollar

relaciones duraderas con otros si no aprendemos a oír lo que estamos diciendo nosotros. ¿Qué quiere decir esto? Que necesitamos escuchar nuestras actitudes y nuestros motivos.

Primero, debemos de estar concientes de nuestra *actitud* en cada situación. Nuestra actitud es nuestra postura interna. La manera en que respondemos por dentro a lo que está pasando alrededor. Necesito conocer esta actitud personal antes que la suya y cuáles son las emociones que responden en mí por la situación que me rodea.

Segundo, debemos escuchar nuestros *motivos*. Un motivo es el incentivo, el impulso, la influencia que nos mueve a hacer algo. Si queremos conocer nuestro papel en las relaciones, tenemos que aprender a escuchar los deseos internos que nos motivan. Una buena pregunta es: "¿Qué quiero que suceda ahora en esta situación?" La respuesta nos encamina hacia una verdadera comunicación.

Otro aspecto de escucharse a sí mismo es el *tono de nuestra voz*. Es importante lo que digo y cómo lo digo. Nuestra misma voz nos dice mucho sobre nuestros motivos y actitudes. Si la escuchamos podremos quitar a tiempo cualquier barrera no intencional que nos separe de nuestro interlocutor.

Escuchando a otros

Proverbios dice sin rodeos: "Al que responde palabra antes de oír, le es fatuidad y oprobio" (18:13). Es evidente que para evitar pecar de insensatos debemos de escuchar verdaderamente antes de responder. Yo creo que hay por lo menos cuatro cualidades para tener lo que yo llamo "un corazón oidor." Estas cualidades nos dan entendimiento, percepción y sabiduría cuando hablamos con otros:

1. *Seguridad*. Hay un puente

que se forma entre dos personas cuando la actitud del que escucha asegura a la otra persona: "No corres peligro al hablar conmigo. Puedes ser abierto y decir lo que quieras; no usaré lo que me digas contra ti. Podemos explorar juntos pensamientos e ideas." Una atmósfera de confianza libera a la otra persona de condenación y de temor. Cuando estas barreras se quitan, la conversación es un deleite.

2. *Genuino*. Muchos de los encuentros entre personas son superficiales o lo que es peor: falsos. El oidor sabio comunica un interés cuando encuentra a la persona real que ha salido de detrás de las paredes y de las fachadas que normalmente le esconden. Su actitud dice: "No tienes que aparentar conmigo. Puedes compartir tus dudas y tus debilidades y no te voy a hacer sentir inferior. Me gustaría conocer mejor al verdadero tú." Cuando la persona real se extiende a otro, crea una base para que el otro salga de su escondite.

3. *Comprensión*. Para no caer en el error de dar una respuesta demasiado rápido, debemos tratar de comprender lo que la otra persona piensa y siente. Debemos ponernos de su lado en actitud, para ver las cosas desde su perspectiva. Para escuchar bien a una persona tenemos que "caminar una milla en sus zapatos," o dos por la gracia de Dios. Antes de ofrecer respuestas, escuchemos lo suficiente para comprender su punto de vista.

4. *Aceptación*. La dignidad personal se fundamenta en la aceptación. Nuestra actitud debe ser de aceptación y no de rechazo, sin requerimientos para dar nuestra aprobación. Esto da cabida para que se manifieste la creatividad y la singularidad de la otra persona. "Estoy dispuesto a aceptarte como eres hoy" es una puerta abierta para los que se esconden y se aíslan.



El arte de escuchar

Viendo la historia de Marta y María con estas cuatro cualidades en mente, discernimos claramente la diferencia entre escuchar y dar una respuesta antes de oír. María estaba segura a los pies de Jesús. Marta estaba distraída y vulnerable porque no escuchaba. La que escuchaban era real y estaba en paz. La otra parecía moverse tras una pared de actividad. María reflejaba una comprensión de la ocasión como una oportunidad única de escuchar al Maestro. Marta comenzó a instruir a Jesús aún antes de oírle. La que estaba sentada a sus pies fue aceptada. La otra se sintió rechazada y distante aun de quien la amaba.

Como Marta, podemos ser distraídos para no oír a Dios, a nosotros mismos, ni a otros. Hasta podemos llegar a pensar que el único blanco importante de la conversación es contarle a

otros nuestra experiencia, preferencia o darles nuestra instrucción. Mi esperanza es que aprendamos el arte de escuchar y sepamos hacerlo apropiadamente en nuestra comunicación.

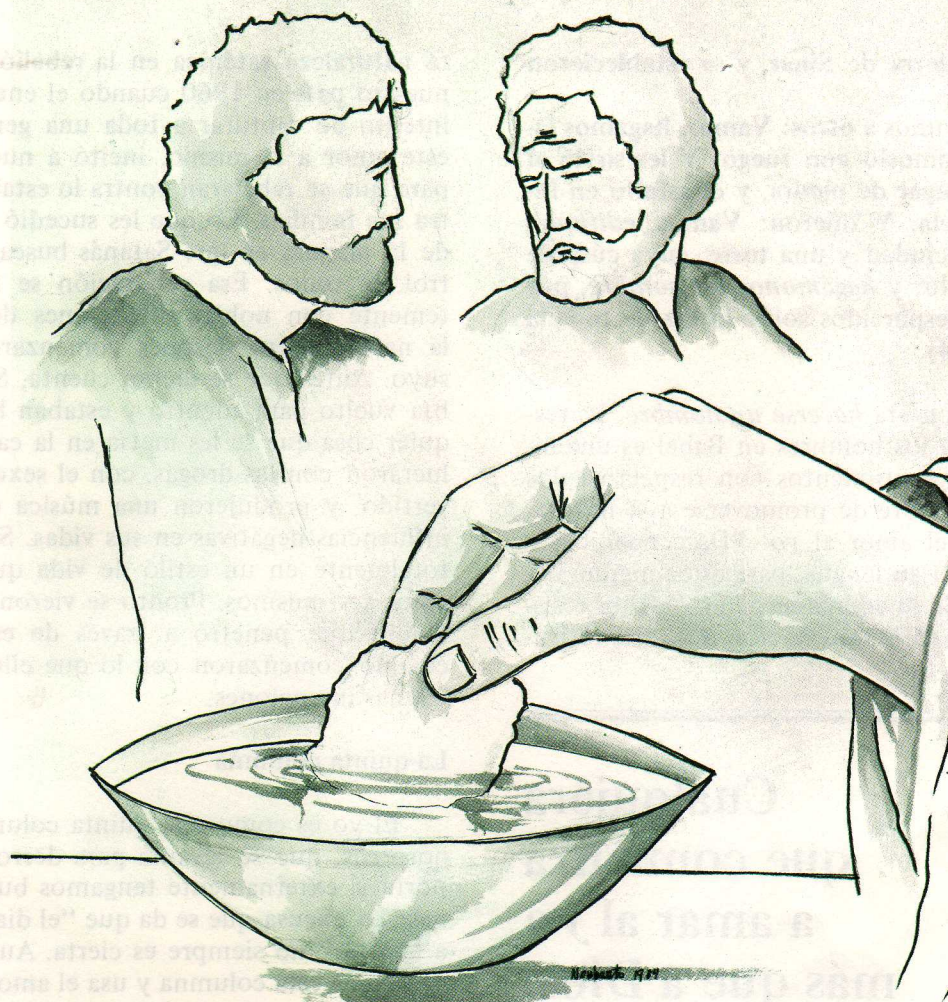
Cuando escuchamos a otros es bueno saber que estamos oyendo a una *persona*, no a un problema. A veces no tenemos acceso directo al problema que tiene alguien, pero sí a la persona que habla con nosotros. Si está teniendo problemas en el trabajo, por ejemplo, no hay nada que podamos hacer con su jefe, pero podemos escucharlo y darle nuestro apoyo. Un amigo me dijo una vez: "Cuando alguien de verdad me oye hablar de mis presiones y preocupaciones, ya no estoy solo con el problema."

Paul Tournier expresa el valor de escuchar en la introducción de su libro *Para entendernos uno al otro*, de la siguiente manera:

Escuche todas las conversaciones de nuestro mundo, sea entre naciones o entre parejas. Por lo general son diálogos entre sordos... Sin embargo nadie puede llevar una vida plena sin sentirse comprendido por lo menos por una persona... Quien quiera verse con claridad deberá abrirse a un confidente escogido libremente y digno de tal confianza.

Pidamos a Dios que nos ayude a escoger "la mejor parte". Proverbios 25:11 dice: "Manzana de oro con figura de plata es la palabra dicha como conviene." Para eso tenemos que aprender a oír a Dios, a sí mismo y a los demás.

Richard McAfee es graduado de la Universidad de Oklahoma y del Seminario Teológico de Princeton. Es pastor de una congregación en Oklahoma City.



El enemigo adentro

Por Dan Wolfe

Muchos cristianos creen que el enemigo más poderoso que deben enfrentar es Satanás. Ciertamente, él es un adversario formidable contra quien debemos entablar una lucha espiritual constante. Su meta es impedirnos, por todos los medios destructivos y engañosos, que vivamos efectivamente en el reino de Dios. Sin embargo, tenemos que darnos cuenta que no está solo en su guerra espiritual contra nosotros. Hay otro enemigo que opera a su lado para frustrar los propósitos de Dios en nuestras vidas. Ese enemigo es el amor al yo. Si no tratamos decididamente con el yo, bien pudiera llegar a ser nuestro mayor adversario.

Comencemos nuestro examen de la naturaleza de este enemigo siempre presente con la descripción de la caída de Lucifer en Isaías 14:

¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones. Tú que decías en tu

corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo. (vs. 12-14).

Cinco veces dice lo que él va a hacer. Aquí vemos la esencia del pecado revelada por primera vez en el universo: amor al yo en la forma de rebelión contra Dios. El hombre fue hecho para amar a Dios, pero Lucifer, comenzó a amarse a sí mismo. Cualquiera que comienza a amar al yo más que a Dios, en ese punto se rebela contra él.

Un segundo pasaje en las Escrituras, en Génesis 11, es el primer ejemplo colectivo de la manifestación de este pecado:

Tenía entonces toda la tierra una sola lengua y unas mismas palabras. Y aconteció que cuando salieron del oriente, hallaron una lla-

nura en la tierra de Sinar, y se establecieron allí.

Y se dijeron unos a otros: **Vamos, hagamos ladrillo y cozámoslo con fuego. Y les sirvió el ladrillo en lugar de piedra, y el asfalto en lugar de mezcla. Y dijeron: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra (vs. 1-4).**

Su motivación era *hacerse un nombre*. La respuesta de Dios a los hombres en Babel es una indicación de sus sentimientos con respecto a los esfuerzos del hombre de promoverse a sí mismo, motivados por el amor al *yo*. “Descendamos, y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero” (v.7). Dios resistió y confundió la manifestación de esta motivación egoísta.

Cualquiera que comienza a amar al *yo* más que a Dios, en ese punto se rebela contra él.

Quando hablo del amor al *yo* no me refiero a una estimación correcta de sí mismo. Todos necesitamos tener una perspectiva justa de nuestro valor como individuos delante de Dios. Mi advertencia no es contra esta actitud buena, sino contra el amor excesivo de sí mismo, porque el *yo* aparte de Dios no tiene nada de bueno.

En 2 Timoteo 3:1-2 el apóstol Pablo nos entrega una solemne palabra:

También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos...

Pablo encabeza la lista de maldades que se manifestarán en los últimos días con los que se aman a sí mismos; la misma motivación que tuvo Satanás en su rebelión. Tenemos evidencia de es-

ta naturaleza satánica en la rebelión que atacó a nuestro país en 1960 cuando el enemigo hizo un intento de capturar a toda una generación. Con este amor a sí mismo, incitó a nuestros jóvenes para que se rebelaran contra lo establecido y contra sus familias. Lo que les sucedió es un ejemplo de la manera en que Satanás busca ganar el control de todos. Esa generación se inició aparentemente con nobles intenciones de enderezar a la nación, pero después comenzaron a hacer lo suyo. Antes que se dieran cuenta, Satanás los había vuelto para adentro y estaban haciendo cualquier cosa que se les metía en la cabeza. Se involucraron con las drogas, con el sexo, el sexo pervertido, y produjeron una música que ha tenido influencias negativas en sus vidas. Se sumergieron totalmente en un estilo de vida que exaltaba el amor a sí mismos. Pronto se vieron atados por el diablo que penetró a través de este amor aun cuando comenzaron con lo que ellos creían eran buenas intenciones.

La quinta columna

El *yo* es como una quinta columna dentro de nosotros, que se levanta para derrotarnos no importa si externamente tengamos buenas intenciones. La excusa que se da que “el diablo me obligó a hacerlo” no siempre es cierta. Aunque el diablo se vale de esta columna y usa el amor al *yo*.

El *ego* nos habla constantemente en maneras sutiles. Por ejemplo, es él quien dice: “La razón por la que tienes éxito es porque eres listo y agudo. Eres una gran persona”. Cuando estamos creciendo nos dice: “Eres un tipo bien parecido”, o “eres una linda chica con una gran personalidad.” También dice: “Eres muy inteligente, no hay nada que no puedas hacer.” El *ego* nos habla de muchas maneras y después de un rato comenzamos a creer lo que oímos. Cuando estos pensamientos echan raíz, el *ego* se levanta y dice lo que hemos de hacer.

Hay otras manifestaciones de este problema a la inversa. Algunos dicen: “Yo no valgo para nada. Soy un fracaso. Todo lo echo a perder. No puedo hacer nada bueno.” Eso también es amor al *yo*. Lo que está detrás de estas expresiones es: “Quisiera que alguien viniera, me pusiera su mano en el hombro y me dijera que valgo mucho, que no soy un fracaso y que no soy tan malo.” En ambas manifestaciones el *ego* va tras la clase de reconocimiento ilegal que lo halaga.

Esta condición nos hace reaccionar irracionalmente y a la defensiva. El *ego* quiere que se le alabe y que no se le corrija. Quiere ser grande y cuando alguien lo toca se queja que lo están lastimando. A veces, en mi función de pastor, he te-

hombres de mi iglesia no están acostumbrados a vestirse con elegancia porque vienen de un trasfondo diferente. Una vez que íbamos a tener huéspedes especiales, les pedí que se vistieran un poco mejor y toqué un nervio en algunos: "Nadie me va a decir a mí cómo me debo vestir." Es sorprendente lo sensible que es el ego.

Otros se toman tan en serio que no pueden disfrutar de un chiste hecho sobre ellos, ni se ríen cuando algo les sale mal. O si son ascendidos se vuelven oficiosos y distantes.

4. *Demasiado introspectivos.* Hay cristianos que cuando encuentran dificultades, se vuelven hacia adentro en vez de volverse a Dios. "No sé qué me pasa. Tal vez soy demasiado así o así. Debiera cambiar. ¿Qué habrá querido decir el jefe cuando dijo eso? ¿Qué estará tramando?"

Cuando una persona vive en esa clase de introspección está en problemas. Si nos volvemos para adentro repetidamente, en vez de ejercer nuestra fe y volvernos a Dios, o si pasamos todo el tiempo tratando de analizar nuestra vida, llegaremos siempre a conclusiones equivocadas; el ego se encargará de eso. Así no podemos oír a Dios. Si buscamos a Dios sus palabras nos fortalecerán y estas siempre serán contrarias al amor al yo. La palabra de Dios no permitirá que permanezcamos sumidos en el yo.

5. *Dificultad en perdonar y disculparse.* Este es otro síntoma obvio de amor a sí mismo. Estamos tan enfocados en nuestro propio dolor que no vemos que el otro sufre también. Una persona que se centra en sí misma espera que otros se disculpen, pero casi nunca ella lo hace. Si Ud. tiene problemas para pedir perdón probablemente está influenciado por un ego enfermo.

Todos necesitamos decir "lo siento", a veces. Todos vamos a cometer errores, por los que debemos disculparnos. Pero el que sólo ve las faltas de los demás sólo se ama a sí mismo. Nunca ve cuando pisa a los demás y si lo ve no admitirá haber hecho algo malo.

6. *Temor.* Este es otro síntoma. Cuando una persona tiene un amor exagerado por su vida o por algo en ella va a pasarla asustada siempre. El miedo viene cuando creemos que se nos va a quitar algo que es parte nuestra. Cuando el pastor dice: "Dios quiere sacar eso completamente de su vida," su amor a sí mismo dirá: "Pero entonces ya no voy a ser yo. Destruirá algo de mí." Lo que no nos damos cuenta es que Dios quiere darse a nosotros en el lugar de lo que quita. Jesús dijo: "Si pierdes tu vida, yo pondré mi vida en su lugar. Si te libras del amor a ti mismo, yo te daré mi amor para llenar el vacío."

7. *Manipulación.* Las personas que se aman demasiado se vuelven manipuladoras hasta sin

darse cuenta. El yo quiere ser adorado y amado y manipulará a la gente para que responda de esa manera. Hay miles de maneras en que sucede, pero principalmente cuando se dejan caer sugerencias y pedacitos de información para pescar un cumplido.

"Hoy le llevé un pastel a mi vecino." Para que la persona que oye diga con admiración: "Qué considerada eres. Eres demasiado buena." Es como una compulsión para que otros se den cuenta de lo buenos que somos o que estamos haciendo, para que nos amen y alaben. Queremos que todos nos digan lo maravillosos que somos. Dios sabe que tenemos una necesidad de ser amados y de recibir cumplidos. Pero la manera de recibirlos es sirviendo a Dios. La aprobación vendrá si servimos a Dios desinteresadamente. El se encargará de eso. La manipulación es una forma ilegal de conseguir la atención y la aprobación.

La manipulación es una forma ilegal de conseguir la atención y la aprobación.

8. *Orgullo fantasioso.* Cuando las cosas no salen como las queremos, escapamos de la realidad con sueños hermosos de nosotros mismos. En nuestras fantasías nos vemos vestidos elegantemente, o imponiendo manos sobre los enfermos y viéndolos sanados inmediatamente, o ocupados en algún importante cargo rodeados de gente diciéndonos cuánto nos admiran.

Las fantasías son una expresión de amor a sí mismo, con las que negamos la realidad. El antídoto es aceptar la realidad. Si su nariz es grande, es grande. Si tiene pecas, diga "Dios me dio pecas." Si un ojo es azul y el otro verde, acéptelo y dé gracias a Dios que pensó tanto en Ud. que le dio dos ojos bonitos. Debemos aceptarnos como Dios nos hizo sin permitir que el ego nos lleve a las fantasías. De otra manera viviremos frustrados y miserables, denigrándonos constantemente porque no somos como tal, porque no tenemos sus talentos, o porque no tenemos su puesto.

9. *Mezquindad.* El dinero es un problema para los que están controlados por amor a sí mismos. Dios quiere que seamos generosos. Proverbios 11:25 dice: "El alma generosa será prosperada."

El que está atado por el ego es mezquino y tacaño con su dinero

Pero quien está atado por el ego es mezquino y tacaño con su dinero. Una vez salí con una persona para almorzar y él pagó la comida. Cuando nos levantamos de la mesa pregunté: “¿Quieres que deje la propina?”

“No,” dijo él, “a ellos les pagan para servir.”

“Sí,” respondí, “para eso les pagan, pero te diré algo: Dios ve la actitud de tu corazón.” Es un privilegio bendecir a otros y no debemos de ser tacaños. Si podemos ser generosos con nuestro dinero y bendecir al Cuerpo de Cristo, será un golpe fuerte contra el ego. Cuando alguien que tiene dinero se vuelve ansioso por conservarlo, es porque está siendo dominado por amor a sí mismo.

10. *Insistir en “mis derechos.”* Otra señal es estar diciendo constantemente: “Yo tengo mis derechos.” Algunos no lo dicen pero viven así. Sus vidas reclaman sus derechos.

Esta es una área muy delicada, porque en ciertas situaciones es correcto ser firmes y decir: “Esto no está bien. Hay algo malo aquí.” Pero los problemas comienzan cuando nuestros derechos nos dominan y nos deshacemos cuando no recibimos lo nuestro.

El resultado final

Para concluir, quiero referirme a Juan 13 donde se describe el resultado final del amor a sí mismo. Cuando una persona no domina su amor a sí mismo, cae en el lazo del enemigo.

La historia es de Judas, quien traiciona a su maestro después de caminar con Jesús por tres años. Un problema grave que lo hizo caer fue su amor al dinero. Es probable que introdujera la mano en la bolsa de los discípulos para sacar dinero y meterlo en su propia bolsa, pues era quien llevaba el dinero de todos.

Pero, ¿que era lo que realmente amaba Judas? Pues a sí mismo y se manifestaba en su amor al dinero. Cuando encontró una oportunidad para traicionar a Jesús lo hizo por treinta piezas de plata. Prefirió treinta piezas de plata en lugar de Jesús. Las escrituras relatan lo que sucedió para que Judas terminara decidiéndose a vender a Jesús:



De cierto, de cierto os digo, que uno de vosotros me va a entregar. (Juan) Entonces, recostado cerca del pecho de Jesús, le dijo: Señor, ¿quién es?

Respondió Jesús; A quien yo diere el pan mojado, aquél es. Y mojado el pan, lo dio a Judas Iscariote hijo de Simón. Y después del bocado, Satanás entró en él (Jn. 13:21,25-27).

Debido a su incontrolable amor a sí mismo, el diablo pudo con mucha facilidad entrar en Judas para impulsarlo a traicionar a Jesús. De igual manera lo hará con nosotros si no lo dominamos. Los últimos días de Judas son un testimonio amargo de la consecuencia final del amor a sí mismo.

Esta ilustración es una indicación escalofriante de los peligros de este problema. Me doy cuenta que en este artículo sólo hemos analizado el problema y su énfasis negativo y tal vez algunos creerán que es un abismo de donde no se puede salir. Démonos cuenta, sin embargo, que el reconocimiento del problema es el comienzo de la solución. Espero que sus ojos se hayan abierto para reconocer algunas áreas donde ha sido influenciado por amor a sí mismo. Finalmente, debemos reconocer también que Dios ha provisto la manera de salir mediante nuestra fe en Jesucristo. Si nos entregamos a él y le pedimos que nos ayude, él nos capacitará para que conquistemos el amor al yo y vivamos victoriosamente para él.

Dan Wolfe es graduado de la Universidad de Huntington. Continuó sus estudios en el Seminario Teológico Asbury, donde recibió título de Bachiller en Divinidad. Ha servido como pastor conferencista por muchos años. Actualmente pastorea en Kalamazoo, Michigan. Es casado y tiene tres hijos.

En el aire del día



dibujo de Norberto Herrera

Por Hugh Murr

- ¿Te importa si me siento?
- Por supuesto que no.
- Te ves deprimido Adán.
- ¿Tienes problemas?
- ¿Lo notaste?
- Tal vez te pueda ayudar. He leído todos los libros de superación personal que hay en el mercado y me considero algo así como un siquiatra aficionado. ¿Cuál es el problema?
- Verás, tengo esta sensación extraña en la boca del estómago.
- Ese no es realmente mi

fuerte. No soy ningún especialista gastrointestinal. Ni siquiera me preocupo por la dieta. ¿Comiste algo fuera de lo corriente hoy?

—Pues... sí,..., comí un pedazo de fruta en el almuerzo que mi esposa me sirvió por primera vez.

—Dime, Adán, ¿qué tenía de extraño la fruta que comiste?

—Pienso que no la debí haber comido.

—¿Demasiadas calorías?

—No, sólo que no debí haberla comido.

—¿Que no *debiste*? ¿Por qué no? ¿Te prohibió alguien en tu niñez que comieras frutas?

—¿Niñez? ¿Qué es eso?

—Mmmm. Parece que estás reprimiendo algún recuerdo traumático. ¿Te sentiste rechazado por tu madre, Adán?

—Nunca tuve madre.

—Ya lo tengo. Fuiste un niño privado. Esta es la historia: Todos los otros niños del vecindario regresaban de la escuela a sus hogares y sus madres les tenían leche con galletas, pero tú tenías que comer ciruelas, ¿cierto? Y tú odiabas las ciruelas. Por eso ahora tienes una asociación traumática cuando comes cualquier clase de fruta.

—¡No! Ya te dije que no tuve...

—Pero, ¿qué de tu padre, Adán? Tienes uno, ¿verdad? ¿Cómo te sientes con respecto a él?

—Todo iba de maravillas entre nosotros hasta esta tarde. Ahora me pongo nervioso cuando pienso en él. Tengo la sensación extraña que me va a echar de la casa junto con mi esposa.

—Sí, lo veo. Tu padre debe ser un autoritario represivo.

Impone sus valores morales personales sobre todo el mundo. Conozco el tipo. Lo que te oigo decir es que estás obsesionado por sentimientos de culpa porque has quebrado alguna regla arbitraria de conducta que alguien ha querido imponerte.

—No exactamente. Yo...

—¿Te sientes como una víctima de la sociedad, Adán?

—¿Qué quieres decir? Yo soy la sociedad; es decir, mi esposa y yo. Pensándolo bien, ella me ha estado haciendo sentir como una víctima últimamente.

—Tienes que evitar un complejo de mártir, Adán, pareciera que tienes una hostilidad sumergida contra tu esposa. ¿Te sientes frustrado por sus expectativas irreales de tu conducta? ¿Te hace sentir inadecuado?

—Pues, ella piensa ahora que sabe más que yo. Y se avergüenza por mi modo de vestir. A veces sus comentarios sobre mi apariencia me hacen sentir desnudo.

—Adán, pienso que la naturaleza de tu problema es muy clara. La podemos trazar en varios orígenes: una madre ausente, un padre autoritario, una esposa hipócrita. El problema no es realmente tuyo; es de ellos.

—Entonces, ¿por qué me siento tan mal?

—Estás luchando con un sentimiento falso de culpa. ¿Has pensado en buscar ayuda profesional? Tal vez debieras probar la terapia del grito primate.

—No sé si deba. Parece que a los monos no les ayuda en mucho. Eran tan sociales, pero hoy comenzaron a tirarme piedras. ¿No saben que yo, supuestamente, tengo el dominio sobre ellos?

—Me parece que estás teniendo delirio de grandeza, Adán. ¿Has pensado en tratamientos de electrochoque?

—¿Que me caiga un rayo? Prefiero probar algo menos doloroso.

—Podrías tratar de olvidarlo.

—Mi padre no me lo permite. Pero tal vez le puedo decir que el diablo me obligó a hacerlo.

—No, no. No hay necesidad de meterlo a él en esto. Mira, ¿por qué no buscas que te receten algo para los nervios?

—No hay tiempo. Mi padre vendrá en cualquier momento y me dijo que no hablara con extraños. Eso me recuerda, ¿no te conozco de alguna parte?

—Es lo que dicen todos. Pero si no recuerdas tu propia niñez, ¿cómo te acordarás de mí?

—Es que me pareces conocido. ¿Amigo de mi esposa, quizá? Un momento. Ella y yo somos las únicas dos personas por este lado. ¿De dónde saliste tú? ¿Cómo supiste mi nombre? ¿Quién eres?

—Un caso obvio de identificación equivocada. Te estás angustiando demasiado, Adán. No derrames tu hostilidad reprimida sobre...

—¡Cáspita! Mi padre llegó.

—Mejor me voy. Pero sé que nos volveremos a ver muy pronto.

—¡Espera! Tienes que ayudarme a explicarle mi problema. Dile que no es culpa mía y... ¿A dónde se habrá ido ese tipo? ¿Cómo pudo desaparecer así de pronto? No me puede dejar ahora... ¡Las hojas de higuera se me están cayendo! ¿Dónde...?

“ADAN, ADAN, HIJO MIO! ¿DONDE ESTAS?”

La espiritualidad es en el templo
y en la casa.

El termómetro de Dios

Por Marcelo Maristany

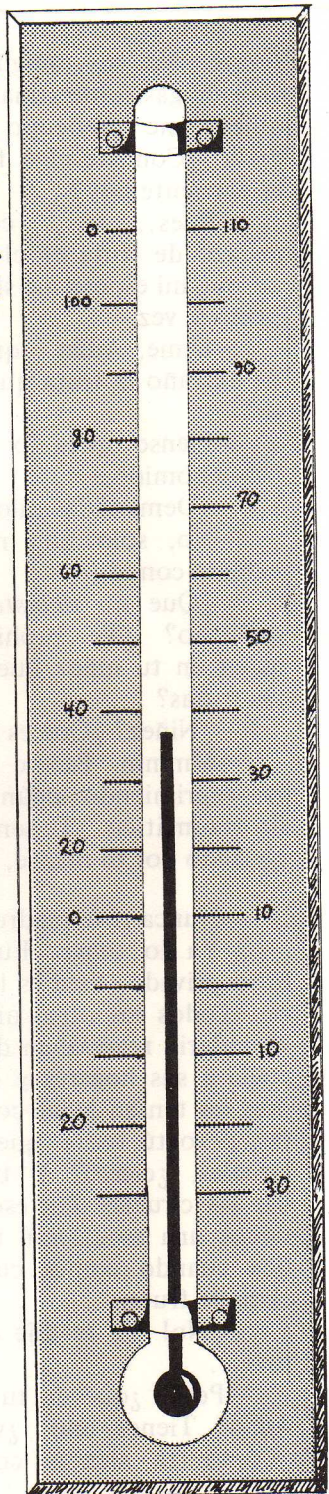
“Entenderé el camino de la perfección cuando vengas a mí. En la integridad de mi corazón ANDARE EN MEDIO DE MI CASA. Salmo 101:2.

El termómetro espiritual no está colgado sólo en el templo los días de reunión. También está ubicado en el MEDIO DE MI CASA; allí es donde yo veo cuánta integridad hay en mi corazón; cuánto del carácter de Cristo se ha formado en mí; cuánto he progresado en mi vida espiritual. Allí es donde otros pueden palpar mi cristianismo; donde Jesús debe verse también. Si invitamos a un amigo no creyente a la reunión, es posible que vea al Se-

ñor, pero ¿qué sucede si lo invitamos a pasar una semana en nuestra casa? ¿Seguirá viendo a Jesús? ¿O nos verá a nosotros solamente?

Un día Jesús me dijo: “Marcelo, vos sos muy espiritual en el templo, pero en tu casa no sos nada espiritual.” Es cierto, en el templo es fácil ser espiritual, pero en casa parece ser más difícil. Es fácil orar en los templos, pero en casa nos cuesta mucho.

dibujo de Norberto Herrera



Es fácil enseñar con palabras desde el púlpito, pero no es fácil enseñar con hechos en la casa. El problema es que somos demasiado “espirituales” en el templo; pero también demasiado carnales en casa, y es allí justamente donde hay que colgar el TERMÓMETRO DE DIOS.

Si tú te crees espiritual, invítame a una reunión en el templo y después invítame a pasar una semana en tu casa. Yo quiero ver a Cristo dirigiéndote en una hermosa oración en el templo, pero también lo quiero ver dirigiéndote en una con tus hijos en tu casa. Quiero ver al Señor en ti cuando cantas una canción de alabanza, pero también lo quiero ver cuando cantas en tu casa mientras lavas los platos. Lo quiero ver cuando comes el pan y bebes el vino en el templo, pero también cuando cenas en tu casa con tu familia. Quiero escuchar a Cristo cuando hablas con algún hermano en el templo, pero también quiero escuchar al Señor cuando hablas con los tuyos en tu casa.

Parecería que muchos de nosotros que tenemos a Cristo dentro de nuestro corazón, lo mostramos en el templo y lo ocultamos en nuestra casa. Pero Cristo no quiere eso. Pues en realidad pasamos más tiempo en nuestras casas que en los templos. Nuestro cristianismo debe ser vivido en casa durante la semana y ser celebrado el domingo en el templo. En el templo mostramos a Cristo a los cristianos y en la semana debemos mostrarlo al mundo.

Si te llama, de repente, un amigo que hace mucho que no ves y te comunica que irá a tu casa de visita dentro de una hora, ¿qué haces? ¿Comienzas a limpiar tu casa y a esconder cosas? ¿O tu casa está siempre en condiciones de recibir a un invitado repentino? En lo espiritual sucede lo mismo. Si tienes que fingir ser espiritual cuando yo voy a tu casa, eso demuestra lo carnal que eres. Después de haber pasado contigo toda una semana, con cultos incluidos, recién podré saber lo espiritual que eres. Es como en los exámenes del colegio. Te toman oral y escrito o teórico y práctico. Muchos tienen 10 en teoría y ya

piensan que son espirituales. Pero en la práctica tienen cero. Si sumamos las dos notas y las dividimos por dos, nos da cinco. ¡No tan espirituales!

En el cristianismo hay un examen en dos tiempos también. En el templo y en la casa. En el templo puedes tener 10 puntos en alabanza, 10 en oración, 10 en comunión, 10 en enseñanza de las Escrituras, pero recuerda que el Señor te promedia estas notas con las que obtienes en tu casa. Supone que el Señor te da un día el "informe espiritual". ¿Habrá sorpresas?

Yo antes pensaba que el termómetro espiritual del Señor estaba colgado en el templo solamente. Si nunca faltaba a las reuniones, creía que andaba bien espiritualmente. Si faltaba un día, ya me parecía que me estaba apartando. Al comienzo de mi vida en Cristo no faltaba a ninguna reunión. Tenía diez puntos en asistencia, pero en mi casa era un desastre. Sí, en el templo tenía 10, pero en mi casa tenía 1 en disciplina, 1 en trato familiar, 1 en servicio, 1 en carácter, 1 en responsabilidades, etc. Así que un día el Señor me dio el promedio espiritual: 15 dividido por 6 igual a 2,50. Me sentí frustrado. ¿De tan poco sirvió haber asistido a todos los cultos? Para los miembros de la iglesia yo tenía 10 puntos en espiritualidad, pero para los de mi hogar yo tenía un punto, y para el Señor 2,50. Es que si tú nunca faltas al colegio en el año, pero no estudias en tu casa lo que te mandan, no vas a aprobar el año. Cuando cursé quinto año en el Nacional, no falté casi nunca a clases. Sin embargo, me llevé diez materias. ¿Cómo? Porque en mi casa yo no hacía nada; no estudiaba. No hacía en mi casa lo que en el colegio me decían que hiciera. ¡Así me fue!

En el cristianismo ocurre lo mismo. Vienes a la reunión y escuchas un mensaje para ponerlo

en práctica en tu casa. Y si no lo haces, te vas a encontrar algún día como yo cuando me entregaron el informe.

En el templo tu termómetro marca 100 grados a la sombra, pero, ¿y en tu casa? Está bajo cero? ¿O existe el mismo calor en espíritu cuando estás en tu casa? ¿No será que tu termómetro marca cero grados antes de las reuniones y cuando entras en contacto con otros hermanos que tienen calor espiritual, tu termómetro no hace más que captar la temperatura de esos hermanos? Si es así cuando te alejas de ellos otra vez tu termómetro comienza a descender hasta cero. Algún día te darás cuenta que hasta en las reuniones no poseías calor propio, sino que el bendito calor del Espíritu que había en otros hermanos te envolvía, y así sentías calor, pero calor prestado. Cuando regresas a tu casa, otra vez el mal genio, la irritación, los gritos, las asperezas, los enojos, la intolerancia, los malos modales, la impaciencia, la insensibilidad, etc.

En la reunión veo a un hermano sonriente, gozoso, charlando suavemente con todos. ¡Es hermoso! ¡100 grados! ¡Aleluya... Pero, al otro día voy a su casa y está amargado, quejoso, hablando ásperamente con sus hijos: Cero puntos, 0 grados. ¡Qué pena!

Las victorias en Cristo se obtienen en casa y en la semana, no en los templos los fines de semana. Los templos son para celebrar las victorias que nos da Jesús durante la semana, en nuestras casas.

Este artículo es una colaboración para Vino Nuevo, de Marcelo Maristany, pastor de La Plata, Argentina.

Le invitamos a enviarnos sus pensamientos escritos para la edificación de nuestros lectores.